

La decisión de Hassan no es un cheque en blanco

ABSOLUTO SECRETO SOBRE LA ACTIVIDAD DIPLOMATICA QUE HA LOGRADO LA «MARCHA ATRAS»

Por Abel HERNANDEZ
(Enviado especial de INFORMACIONES.)

RABAT, 10.

HA terminado la «marcha verde». El Rey de Marruecos pidió ayer a los 350.000 voluntarios que desandaran el camino y volvieran a casa. La decisión de Hassan II, tras veinticuatro horas de intensas conversaciones con el ministro español de la Presidencia, señor Carro, en Agadir, parece tener relación con un acuerdo negociado con España sobre el Sahara.

«La marcha ha cumplido sus objetivos. España no es sólo un país amigo, sino también un país vecino y hermano. Los voluntarios deben retornar a Tarfaya. Yo mismo regreso a Marrakech para velar por la marcha de los asuntos del Estado.» Estas fueron las afirmaciones fundamentales del Rey Hassan II en su discurso radiotelevisado de apenas diez minutos de duración.

El Rey apareció en la pequeña pantalla acompañado del príncipe heredero y de su segundo hijo, así como de su hermano, Mulei Ab Dala. Vestía un traje negro a rayas y llevaba corbata también negra. Habló con voz grave y emocionada, y se le notaban grandes ojeras y aspecto de cansancio en el rostro.

Gran parte del discurso real estuvo dedicado a elogiar la proeza de los participantes en la «marcha verde» y su gran esfuerzo. Subrayó la unión que habían demostrado con el Rey, a la que él corresponde, y tuvo también palabras de encendida gratitud para los países que le habían apoyado en esta empresa. Las delegaciones de estos países —numerosos pueblos árabes y africanos— estaban presentes en la sala desde donde Hassan II se dirigió al país.

La importante decisión del Rey de Marruecos, aun con el riesgo de que algunos sectores políticos se sientan defraudados y se vuelvan ahora contra él tras haber emprendido entusiasmados la ruta del desierto saharauí, significa que ha puesto su confianza y su corona en manos de España. Es de suponer que no se trata de un cheque firmado en blanco. El acuerdo Rabat-Madrid vuelve a tocarse con las manos.

RIGUROSO SECRETO SOBRE LAS CONVERSACIONES

El más riguroso secreto cayó desde el primer momento sobre las conversaciones del ministro español de la Presidencia en Agadir. Su acompañante, el embajador de España en Rabat, señor Martín Gamero, de cuya positiva, patriótica, difícil y generosa gestión algún día habrá que dar pormenores, se empeñó en el más riguroso mutismo, y ni a sus más íntimos colaboradores —somos testigos de excepción de ello— dijo una palabra de la trascendental gestión diplomática. Su único comentario a su más íntimo colaborador fue: «Lo siento, pero es secreto.» El embajador

pasó el domingo en su despacho, solo, preparando el largo acto de las negociaciones.

Se ha pasado, en unos minutos del cero al infinito. La colonia española en Rabat, los diplomáticos y los periodistas celebramos anoche con champán el anuncio del Rey a Marruecos. Numerosas familias españolas en Marruecos habían abandonado el país silenciosamente a altas horas de la madrugada el pasado viernes y habían huido hasta España. Hubo un momento en que todo estuvo a punto de estallar en tragedia. Anoche estalló la fiesta. La pesadilla había pasado.

EL HONOR DEL EJERCITO EN ALTO

De esta peligrosa crisis, el honor de nuestro Ejército del Sahara ha quedado en alto y engrandecido. Una vez más, ha dado pruebas de lealtad y disciplina. La figura del Príncipe don Juan Carlos, futuro Rey, ha quedado afianzada. El Gobierno español que preside ese hombre abnegado que se llama don Carlos Arias ha hecho, según todos los indicios con acierto, una opción histórica. El Rey Hassan II ha prestado con su decisión un gran favor a España, que vive unos momentos de delicada transición, y ha demostrado con hechos sus insistentes afirmaciones de amistad y cooperación hispano-marroquí.

La impresión aquí es que de un momento a otro alguna personalidad marroquí acudirá a Madrid, si es que no ha llegado ya a estas horas, para ultimar detalles de la negociación. No se cree que Hassan II haya decidido ordenar la vuelta a casa de los que marchaban sobre el Sahara con la fe de los antiguos cruzados sin tener ciertas seguridades por parte de España.

La «marcha verde» pasará a la historia de Marruecos como la epopeya de un pueblo en busca de sí mismo y de su tierra prometida. Hay que haber visto de cerca las interminables caravanas de camiones cargados de hombres y mujeres, con banderas y cánticos y brazos en alto, atravesando carreteras y ciudades, y las impresionantes escenas de miles de personas de toda edad y condición caminando a pie, con el Corán en la mano, por la arena del desierto saharauí, para comprender la grandeza vital, épica y hasta cinemascópica, de

(Pasa a la página siguiente)

LA DECISION DE HASSAN

(Viene de la página anterior.)

esta abentura increíble, digna de la Edad Media. Marruecos ha utilizado para alcanzar el Sahara su más poderosa fuerza: la de la debilidad de los humildes, la de la violencia pacífica de los pobres.

RABAT Y SU PROBLEMA CON ARGEL

Si el Rey Hassan, que embarcó a su pueblo en esta «marcha verde», freca sara ahora en su intento de lograr su propósito, nadie duda de que peligraría su Corona. Argelia, y en general el mundo socialista, van a intentar todavía por todos los medios torpedear la operación Washington, según fuentes dignas de crédito, apoyará ahora decididamente la tesis de la anexión del Sahara a Marruecos. Las Naciones Unidas de-

beran dar el visto bueno al eventual acuerdo hispano-marroquí. A la larga o a la corta, Rabat tendrá que solucionar, por las buenas o probablemente por las malas, su problema con Argel. Pero España habrá salvado la cara en el Sahara y habrá sorteado «in extremis» una peligrosa y profunda crisis.

Parece que ha llegado la hora de superar recelos y desconfianzas mutuas y abrir una nueva etapa de cooperación a un lado y a otro del Estrecho. Este es el clima en Rabat. En la maraña de intereses multinacionales que se entrecruzan en las arenas del desierto del Sahara, España debe mirar definitivamente por los suyos. A la solución política del problema del Sahara debe seguir un amplio abanico de acuerdos económicos y culturales. España y Marruecos, efectivamente, están condenados a entenderse.